

to de su vida en aquel convento. No se saciaban de mirar yá el uno, yá el otro por aquel agujero de la muralla al cielo; y al mirarle, repetían: *Adios, corte: adios, esperanzas del mundo;* y con estas palabras, se les caían de las manos todas las cosas, y se les desaparecían de los ojos, como jardines encantados.

Veis aquí ¡cuánto puede una sola vista atenta del cielo, qué conorte dá en los trabajos, qué dulce violencia hace á los corazones, para desasirlos de la tierra! Si nosotros tambien levantasemos los ojos al cielo, ¡qué esperanza, qué brío no consebiriamos para ganarle? Hagamos lo que aquellos peregrinos, que mirando de lejos la tierra santa, y no permitiendoles pasar adelante, á lo menos la saludan. Digamos con el V. P. Fr. Luis de Granada: ¡O dulcísima patria! ¡O tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro de las tempestades, refugio de las almas trabajadas, paraíso de deleites, corte de inmensa magestad, jardín de flores eternas, premio de todos los justos, término de nuestros deseos. Dios te salve, esperanza nuestra, y nuestra felicidad, por quien suspiramos, gemimos y peleamos. ¡O cuando será aquel día, en que saliendo de las olas tempestuosas del siglo, fijemos el áncora de nuestra vida en aquel puerto dichoso de toda felicidad, para gozar los bienes eternos de la soberana gloria, y las alegrías durables de la celestial Jerusalén.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 49. Del deseo de la vida eterna.

LECCION XVI.

DEL AMOR DE DIOS.

EL epílogo de estas lecciones, el sello de nuestros corazones sea el amor de Dios. Sean inútiles todos los motivos hasta aquí atraídos para convencernos: el amor de Dios ha de conseguir la victoria, porque los afectos de su caridad harían, sin duda, mas fuerte y suave violencia al corazón, si miráramos los grandes beneficios, con que ha probado claramente cuanto nos ama. Mira, hombre, el beneficio de la creación y conservación, que contiene cuanto hay, y cuanto eres: un cuerpo sano, dotado de cinco bellos sentidos; un alma perfecta, enriquecida de tan nobles potencias, que se te concedieron sin algun mérito tuyo, y conservadas por mera gracia. ¿no son estos favores, que testifican que Dios te ama? Mira como dió el ser á los elementos, vida á las plantas, sentir á los brutos, el entender á los ángeles, y en tí solo unió todas estas prerrogativas: como produjo la muchedumbre, la variedad y la hermosura de las criaturas, para que te sirvan, no solo á la necesidad, sino á las delicias. Todas, todas están predicando lo que Dios te ama. Con razon decia san Agustin: *Coelum, et terra clamat, Domine, ut te ament.* Si entro en un jardín, y veo la belleza de las flores, siento la fragancia de los olores, gusto de la suavidad de los frutos, todas me dicen: *Ama amantem Creatorem.* Si levanto los ojos al cielo, y miro la cara del sol, que con tanto orden reparte su luz;

si registro la multitud de las estrellas, que embian tantos benéficos influjos, todas me convidan, *Ama Creatorem*; ama al amante Criador, que para tu necesidad y regalo ha creado un mundo de delicias. Con semejantes consideraciones san Franciseo de Paula se inflamaba tanto en el amor de Dios, que tal vez, despues de la oracion, metiendo la mano en un vaso de agua fria, la hacia herbir, y con un dedo encendia las lámparas apagadas.

Ni solamente una vez nos ha dado tantos bienes, sino continuamente nos los conserva, y siempre está obrando á nuestro beneficio. El hace voltear de continuo los cielos, el sol, la luna y estrellas por nuestro obsequio. El está labrando en las vides el licor, en las plantas los frutos, en las espigas el grano, en las flores la fragancia, que nos han de servir, yá de alimento, yá de deleite. El mueve la respiracion de nuestros pechos, rige con espíritus vitales nuestros sentidos; de tal suerte, que mas depende de su mano nuestro ser y nuestro obrar, que del sol los rayos, los arroyos de la fuente. En suma, como dice el Salvador: *Pater meus, usque modo operatur, et ego operor*. La Omnipotencia del Et rno Padre, la Sabiduria del Hijo, la Bondad de Espiritu Santo, están siempre empleadas y puestas en obra por nuestro amor; ¡y con tantas finezas de beneficios no conquistarán nuestros corazones? ¡Y con tantos incentivos de amor se podrá dejar de amar? ¡Qué digo dejar de amar? ¡Se podrá disgustar y ofender á un Dios tan bienhechor? Cuando el casto José fué solicitado por la torpe dama á hacer injuria á su Señor, haciendo reflexion á los favores, que de él habia recibido, res-

pondió: *Ecce Dominus meus omnia haec mihi tradidit: quomodo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (GENES. 39.) Mi Señor me ha hecho dueño de tantos tesoros; ¿cómo, pues, podré yo jamás volverle mal por bien, y corresponder con ofensas á los beneficios? Lo mismo debemos decir nosotros, cuando nos asalta alguna tentacion: Mi Dios está conservando sano mi cuerpo, enteros mis sentidos; ¡y yo podré valerme de ellos para ofenderle? *Quomodo possum peccare in Deum meum?* Mi Señor me ha dado excelencia de ingenio, nobleza de nacimiento, abundancia de riquezas, y copia de otros bienes; ¡y yo podré servirme de ellos como de armas para hacer guerra á Dios? *Quomodo possum hoc malum facere?*

Pero no debemos contentarnos con no ofenderle; mas debemos *in omni virtute tua dilige eum qui fecit te*. (ECC. 7.) Hemos de amarle de buen corazon, con un afecto, no solo tierno y delicado, sino fuerte y varonil, que tenga brio para sostener cualquier peso, y vencer cualquier incomodidad, antes que apartarnos de la ley de la verdadera caridad. El amor no consiste en palabras, consiste en obras; y se conoce en las obras, así como en el pulso se conoce la vida: *Amor non est otiosus: operatur magna, si est: si autem operari renuit, amor non est*. (HOM. 30. IN EZECH.) Dice S. Gregorio: No sabe estar ocioso el amor, emprende grandes cosas; y si deja de obrar, no es amor. ¡Dios no ha probado su benevolencia con innumerables beneficios de su liberalisima mano? Démosle, pues, nosotros alguna prueba de nuestro afecto, con el testimonio de muchos obsequios. Una leona presentó á san Macario en el desierto, un leonci-

to, hijo suyo, ciego, á quien el santo, con sola una saliva que le arrojó en la frente, le dió vista. En reconocimiento del beneficio la leona se le aficionó tanto, que le hacia frecuentes obsequios, y le trahia regalos; y entre otros le trajo una finisima piel de un gran animal, que S. Macario dió á san Atanasio, y este á santa Melania: y á todos estos santos servia aquella piel de memorable ejemplo, para excitar en nosotros el agradecimiento á Dios. Aprendamos tambien nosotros de las fieras la correspondencia de amor al Sumo Benefactor, que no solo nos dá la luz de los ojos, sino todos los instantes nos conserva el uso de todos los sentidos, el espíritu de la vida, y una vida dotada de tantas delicias. No tengamos pereza, ni nos cause fatiga el obrar por un Dios, que tanto obra por nosotros. Obremos por amor, que él aligerará y endulzará á toda molestia: *Ubi amor est, labor non est, sed sapor.* dice san Bernardo.

Y si Dios mostró gran fineza de amor en darnos los dones naturales, mayor sin duda la descubre en darnos las gracias sobrenaturales. Aun solo el don de la fe es tan excelente, que se aventaja á todos los dones de la naturaleza. ¿Qué nos servirá haber nacido señores de un gran reino, si hubiesemos nacido, ó en las tinieblas del gentilismo, ó en los errores de la heregia, pues despues de una breve vida, habriamos de pasar á una eterna muerte? Bien reconocia la grandeza de tanto beneficio san Luis, rey de Francia, que á ciertos embajadores, que le daban los parabienes de haber nacido señor de un floridísimo reino, respondió: De eso no me precio yo, sino de haber renacido siervo de Jesucristo en el

agua del Bautismo: Dios sabe si alguna vez le hemos dado gracias por haber nacido en el gremio de la santa iglesia, alimentados con los santos Sacramentos, instruidos con la doctrina Evangelica.

¿Qué diremos del don de la esperanza, que tanto nos consuela en las miserias de la vida? La esperanza en la promesa Omnipotente de Dios, que nos ha de asistir con su gracia, y nos ha de premiar con su gloria, es un conorte, que dá valor al ánimo para grandes empresas; es un lenitivo, que mitiga lo áspero de las tribulaciones; un gozo anticipado de la bienaventuranza, que esperamos: *Spes est quaedam praeibatio aeternae Beatitudinis;* pero mucho mayor don es el de la caridad y gracia, que todos los tesoros de la naturaleza juntos; porque esta admirable calidad y don, hace al alma tan amable, tanto la hermosea y ensalza, que Dios la ama con amor de Padre, y viene á estar con ella, como á un templo vivo del Espíritu Santo. Pondere un poco el cristiano los excesos del divino Amor en haberle dado el preciosísimo tesoro de su gracia; don, que contiene y encierra en sí tantos dones. El levantar á uno á esfera superior á su naturaleza, es gran favor; purificar una alma de las manchas de los pecados cometidos, es suma misericordia; dar valor á las obras de una criatura, para merecer la gloria eterna, es excesiva beneficencia; enriquecerla con los dones del Espíritu Santo, es suma bondad; adoptarla por verdadero hijo de Dios, soberana benevolencia; constituir-la heredera del reino celestial, incomparable liberalidad; y todas estas finezas de amor obra Dios con el hombre cuando le infunde su gracia; fi-

nezas tales, que si cada una de por sí estuviesen repartidas entre los ángeles, los habria tambien elevado á grado superior al angélico, y á participar el divino. ¿Qué será unir las todas en un hombre solo, sin mérito suyo, por puro exceso de liberalísimo amor?

Si Dios hubiese dado un solo grado de gracia á san Clemente de Ancira. en premio de veinte y ocho años de martirios, que padeció con tantas diferencias de tormentos, cuantas sufrieron los otros mártires; si hubiese premiado con solo un don del Espíritu Santo á la virgen santa Clara por los cincuenta años de cilicios y ayunos que toleró; si hubiera concedido una sola gota ó grado de caridad á san Romualdo por los cien años de austerísima penitencia que pasó en el desierto, es cierto, que estos heroes de santidad se tendrían por bien pagados y premiados, aun sobre los méritos. ¿Cuál, pues, es el extremo de bondad en Dios, que dá junta la abundancia de tan grandes tesoros á cualquier hombre que se vuelve á su Magestad con un poco de amor? ¿Qué entrañas de misericordia divina, admitir á su amistad, y favorecer con su filiacion á sus enemigos y rebeldes, no ya por los mayores obsequios, sino aun solo por decir con verdadera contricion un *pequé, Señor, tened misericordia de mí! Pecavi, Domine, miserere mei!*

Pero si acaso los beneficios comunes á otros no os hacen estimar tanto el amor de Dios para con vos, volved la consideracion sobre el discurso de vuestra vida, y sin duda se os pondrán delante de los ojos gran número de especialísimos favores, que os harán confesar: *Fecit mihi magna, qui potens est.* Yo no puedo adivinarlos, pero bien

sabrás seguirlos y traerlos á la memoria vuestro corazon y conciencia, que sabe los favores recibidos. ¿Cuántas bellas luces ha infundido en vuestro entendimiento para despertaros y llamaros al camino de vuestra salvacion? ¿Cuántas dulces inspiraciones ha arrojado á vuestro espíritu para atraeros suavemente á su servicio? Y quizá os ha levantado en su iglesia á mas sublime grado, admitiendoo entre sus mas íntimos amigos, dotandoo de sagradas prerrogativas, poniendoo sobre el candelero á resplandecer con especial luz. Mas: ¿de cuántos particulares peligros te ha librado su próspera mano, cuando, sin advertirlo, corrias riesgo de perderte? ¿Cuántas veces, ya perdido mortalmente por las culpas, su misericordia te ha dado nuevamente la vida de la gracia? ¿Cuántos medios ocultos te ha subministrado en su lugar y tiempo oportuno, para que te saliese con felicidad aquella empresa, ó la otra pretension? Qué aguda y sabiamente san Eucherio: *Multa nec scientibus donat Deus; nec minor in occulto, quam in aperto benignitas est.* Son casi innumerables los favores, que Dios continuamente te está haciendo ocultamente, que ni aun tú los conoces al recibirlos; lo cual es otra fineza grande de amor, que gusta de hacer beneficios á la persona amada, sin querer ni aun la gloria de haber hecho el beneficio.

Ahora: á tantas gracias de un Dios amantísimo, ¿qué correspondencia de amor has tenido? ¡O espantosa ingratitud, no amar á un tan gran bienhechor! Este es un encantó del demonio, que con prodigio nunca oído, quita de los entendimientos humanos la memoria, y de los corazones el afecto tan natural del amoroso agradecimiento. No-

tólo así Guillermo Parisiense: *Hominem, tot in se per bonitatem Dei in gestis carbonibus, miraculo diabolico, non ardere.* Si tuvieramos mil corazones, ¿no debíamos consagrarlos todos y enteros al amor de Dios? ¿Y será posible que teniendo uno solo queramos dividirle, dando parte á las criaturas y parte á Dios? *Fieri ne potest, ut homo credens in Deum possit, aliud amare, quam Deum?* (decia san Felipe Neri.) Y volviendose á Dios amorosamente se quejaba: *Deus, cum tam amabilis sis, et ita velis à nobis amari, cur dedisti nobis tantum unum cor, et hoc tam parvum?* Señor, siendo vos tan amable, y mandandonos que os amemos, ¿por qué nos disteis un corazon solo, y ese tan pequeño? ¿Qué? Si merece gran castigo quien divide injustamente el corazon, y reserva para Dios sola una parte del suyo, ¿qué merecerá aquel impio, que lo dá todo á las criaturas, y vive totalmente privado del amor del Criador? Estos son semejantes á los demonios del infierno, perdiendo la naturaleza humana, y como transformandose en la diabólica. Y así, conjurando un demonio, que poseia el cuerpo de una pobre cilla, y forzandole el Sacerdote con los exorcismos á manifestar su nombre, dijo con voz lastimera y llorosa: *Ego sum ille nequam privatus amore Dei.* Yo soy aquel malvado, que estoy privado del amor de Dios. A las cuales palabras la B. Catalina de Génova, que estaba presente, se llenó tanto de horror, que como herida de un rayo, exclamó: ¡O horrible miseria, estar privado del amor de Dios! ¡O infierno de los infiernos, estár privado del amor de Dios!

OTRAS FINEZAS DEL AMOR DE DIOS.

No se contentó el Amor divino con habernos dado tantos bienes naturales y sobrenaturales: pasó mas adelante, hasta dar al mismo Dios: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* El amor movió al Padre Eterno á embiar del cielo á la tierra á su unigénito Hijo: el Hijo vino á ofrecerse á sí mismo en holocausto perfecto por nuestra salud; el Padre y el Hijo nos dieron al Espíritu Santo para consolador de nuestra vida; y el Espíritu Santo viene él mismo a habitar con especial union de amor en el corazon de los justos, como en su templo. ¿Se pudo concebir mayor bondad? ¿Que un Dios, felicísimo en sí mismo, y gloriosísimo en las gerarquias angélicas, se digne de venir á las viles miserias de la criatura humana! Una visita cortesana, que hizo el emperador Carlos V. á un soldado herido, robó los corazones de todo el ejército, de suerte, que darian por él mil vidas. Y una dignacion tan grande de la divina Magestad, que no solo nos visitó enfermos, sino tomó en sí nuestras enfermedades; no solo nos dió una benigna ojeada, sino vive, y mora siempre con nosotros en el divinísimo Sacramento, todo amor, todo beneficencia, ¿no tendrá fuerza para arrebatarnos á amarle? El angélico Doctor santo Tomás vá ponderando aquella enfática sílaba: *Sic assi*, que pone san Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Dios tuvo tal amor al mundo, como si el hombre fue-